

Spanish Sermon for the Feast of the Baptism of our Lord, Year A
11 January 2026, St. Luke/San Lucas Episcopal Church
Rev. Lynette Poulton Kamakura
Isaiah 42:1-9; Acts 10:34-43; Matthew 3:13-17; Psalm 29

Quédate cerca de nosotros, oh Dios, te rogamos. Quédate cerca de todos los que sufren. Abraza en tu corazón a nuestro mundo afligido. Abre nuestros ojos, nuestros oídos, nuestras mentes a tu verdad. Amén.

Bienvenidos a la Fiesta del Bautismo de nuestro Señor. Oficialmente, es un día de santa celebración, pero llega en un momento difícil para nuestro país, para nuestro mundo. Invasiones, derrocamiento de gobiernos, asesinato de madres, tiroteos frente a hospitales. Todo esto en la última semana. Es difícil celebrar, sentir alegría. Y quiero decir en voz alta que está bien sentirlo así. Es importante reconocer esta contradicción entre lo que marca el calendario y la realidad que nos rodea.

Hoy, en lugar de centrarnos de inmediato en nuestros casi dos mil años de tradición eclesial en torno al bautismo, en los rituales, los sacramentos y los votos, me gustaría dedicar unos minutos a remontarnos al bautismo de Jesús, un rito judío que tuvo lugar en el siglo I, en un país bajo ocupación romana, un lugar donde ocurrían con regularidad acontecimientos horribles e injustos.

Como explicó el padre Alfredo en su sermón reciente, Juan el Bautista fue un profeta judío, un hombre valiente que, ante las injusticias de su tiempo, de su mundo, alzó la voz. Habló con franqueza, no a los gobernantes romanos ni a los poderes de tierras lejanas, sino a su propio pueblo, recordándoles las promesas de Dios, sus propias promesas a Dios y sus obligaciones mutuas.

El padre Alfredo nos recordó que Juan instó a su pueblo a arrepentirse, a cambiar de rumbo, a reorientar sus acciones, a seguir el camino que Dios les había trazado, independientemente de lo que hicieran los poderes terrenales, a pesar de ello y frente a ello.

Y Jesús respondió a ese llamado. Ahora bien, no sabemos qué había estado haciendo Jesús con su vida hasta ese momento. Las Escrituras nos relatan su nacimiento, un breve episodio de una visita al templo cuando Jesús tenía unos 12 años, y luego nada más. Desde los 12 hasta los 30 años, un período de unos 18 años, no tenemos información sobre lo que Jesús hacía, cómo vivía ni qué decía.

Lo que sí sabemos es que, alrededor de los 30 años de edad, Jesús se adentró en el desierto cerca del río Jordán, que escuchó las palabras de su primo Juan, y que, en un día en particular, mientras Juan exhortaba a sus oyentes a arrepentirse y a reorientar sus vidas, Jesús se adelantó y le pidió a Juan que lo incluyera en el ritual judío de la tevilá, lo que nosotros conocemos como bautismo.

El sacramento cristiano del bautismo se inspira en este antiguo ritual judío y, si bien existen muchas similitudes entre ambos, también hay algunas diferencias importantes.

La tevilá es una práctica verdaderamente antigua. Se menciona en algunos de los escritos hebreos más antiguos, en el libro de Levítico, donde se dan instrucciones específicas. Sin embargo, los estudiosos creen que esta práctica es anterior a dichos escritos; estos simplemente marcan el momento en que aparecieron las obras escritas. Los yacimientos arqueológicos indican que el pueblo hebreo ya practicaba la tevilá o rituales similares desde hacía tiempo.

En la práctica judía, tanto antigua como moderna, la tevilá no es necesariamente un evento único, como sí lo es en la práctica cristiana. De hecho, la tevilá puede realizarse en diferentes momentos de la vida de una persona. Por ejemplo, los sacerdotes y líderes religiosos se someten a la tevilá, una purificación ritual, antes de entrar al templo o de participar en ciertas prácticas, diseñadas para acercarlos a Dios.

Las mujeres que han dado a luz se ausentan temporalmente de sus actividades habituales, una antigua forma de baja por maternidad. Se someten a la tevilá antes de reincorporarse a la comunidad, antes de retomar sus responsabilidades en la familia, en la comunidad y en el mundo.

La tevilá también se realiza cuando las personas se arrepienten, cuando cambian el rumbo de sus vidas, cuando se reorientan hacia una nueva dirección, para alinear su camino más estrechamente con el que Dios ha diseñado para ellas.

Estos ejemplos pueden parecer muy diferentes, pero tienen algo en común. En todos los casos, la tevilá, el bautismo, la purificación ritual, forma parte de una historia más amplia. No es un fin en sí misma, sino un paso dentro de un plan mayor. La tevilá prepara a la persona para algo: para reintegrarse a la comunidad, para reorientar sus acciones, para acercarse más a Dios.

El bautismo de Jesús, su inmersión ritual con Juan, ocurre en un momento en que Jesús reorienta sus actividades, cuando comienza su ministerio y reconoce públicamente su lugar como Hijo amado de Dios.

Y la vida de Jesús tomó un rumbo diferente después de su bautismo. Comenzó a enseñar, a predicar y a sanar. Comenzó a reunir seguidores e inspirar el cambio. Comenzó a realizar milagros. Comenzó a hablar en público, con voz fuerte y clara, no solo a su propio pueblo, no solo a su comunidad judía, sino a todas las personas, llamándonos a todos al arrepentimiento, a abandonar nuestros caminos malvados y egoístas, a seguir el camino que Dios ha trazado para nosotros, el camino que Dios diseñó para la humanidad: vivir en comunidad, amarnos unos a otros y caminar de la mano con Dios, amarlo y ser amados por Él.

Tras este anuncio público, Jesús actuó, y la gente lo notó. Quienes lo rodeaban lo vieron de una manera diferente después de su bautismo, su tevilá. Pudieron percibir el

cambio cuando reorientó su camino, cuando los cielos se abrieron para él, cuando el Ruaj HaKodesh, el Espíritu Santo, descendió sobre él, cuando asumió su ministerio y reconoció públicamente su papel como el Hijo amado de Dios.

La gente que rodeaba a Jesús lo notó. Comenzaron a seguirlo. Compartieron entre sí, con amigos y con cualquiera que quisiera escuchar, las historias de sus experiencias y las palabras de Jesús. Las escribieron.

Estas acciones, estas palabras, fueron tan trascendentales que hoy, casi dos mil años después, seguimos leyéndolas, estudiándolas, obteniendo de ellas comprensión, inspiración y consuelo.

Y esto nos lleva al día de hoy, a la conmemoración del bautismo de Jesús, su tevilá, el momento en que asumió públicamente su papel en el mundo y comenzó a desempeñar abiertamente su ministerio.

En nuestro servicio de las diez de la mañana, celebraremos un bautismo. Recordaremos nuestros votos bautismales y tendremos la oportunidad de reafirmar nuestro compromiso con el camino que nosotros (o, en algunos casos, nuestros padres) elegimos en nuestro propio bautismo.

Las palabras del pacto bautismal son hermosas. Cada paso del ritual —la bendición del agua, las promesas hechas por y para la persona que se bautiza, la bienvenida y el apoyo de la comunidad— cada paso está impregnado de significado.

Pero esto solo tiene sentido como un paso en un proceso más amplio. Nuestro bautismo, nuestros votos, rituales y sacramentos, solo tienen valor en la medida en que les damos valor. Solo tienen sentido si los vivimos, si seguimos el ejemplo de Jesús y abrazamos nuestro llamado.

Si renunciamos al mal en todas sus formas: la avaricia, la violencia, el asesinato, el trato cruel hacia los demás, la deshonestidad, la falta de respeto, la negligencia, en todas sus manifestaciones.

Si aceptamos a Jesús como Salvador, depositando toda nuestra confianza en la gracia y el amor de Dios.

Si no solo prometemos, sino que ponemos en práctica, nuestro seguimiento y obediencia a nuestro Señor.

Si compartimos esta Buena Nueva cada día, con cada persona, no solo con palabras, sino también con el ejemplo.

Si luchamos por la justicia y la paz en medio de este mundo roto e implacable.

Si respetamos, de verdad respetamos, la dignidad de cada ser humano: de quienes amamos, de quienes admiramos, de quienes comparten nuestras ideas, de quienes nos caen mal, de quienes discrepan con nosotros, de quienes intentan hacernos daño.

Si hacemos esto, si tan siquiera lo intentamos, Dios nos ayudará. Nuestras vidas cambiarán. Nuestras acciones cambiarán. Y la gente lo notará.

Esa es la pregunta, el desafío que les planteo hoy: ¿nuestro bautismo se limitó al ritual? ¿Nuestros votos terminaron al concluir la ceremonia? ¿O saldremos de este lugar transformados, revitalizados, con nuestras promesas renovadas? Tan transformados, tan llenos de energía, tan renovados, que quienes nos vean notarán estas diferencias, las verán y sabrán que nosotros también somos hijos amados de Dios, puestos en esta tierra para compartir esa buena noticia, ese amor, con los demás, incluso en medio de todo el dolor y la fragilidad que vemos hoy.

Amén.